

CUANDO, al cabo de algunos minutos, salí de mi abastimientto, me hallé solo frente a von Treischke. Fritz y el sobrino habían desaparecido. El almirante se aproximó y me dijo:

—Estamos informados de lo que ha pasado estos últimos días a bordo del *Vengador*, que en estos momentos costea las profundidades de las aguas de Vigo. *¡Si queremos salvar a la que fué Amalia Edelman, antes de ser señora von Treischke, no podemos perder momento, señor Herbert de Renich!*... Cuando el capitán Hyx, que está en estos momentos donde le he dicho, regrese a bordo, será para desarrollar la más terrible tragedia de esta guerra; por este motivo le envío a usted a su encuentro antes de ese regreso... Por eso es indispensable que le lleve usted los documentos de que es portador al lugar preciso en el que nuestro seguro servicio de espionaje ha señalado su presencia... ¡a la cota seis metros ochenta y cinco, en el fondo de la bahía de Vigo!

Yo contemplaba al monstruo, admirando su cinismo. ¡Ah! ¡Nada olvidaba! ¡Para salvar a su mujer, me recordaba írricamente que yo la había amado y que seguía amándola!

—Nada tiene usted que temer—continuó—: irá usted

hacia ese hombre en calidad de parlamentario, y él sabrá que va usted como tal. ¡Mi sobrino explicará a usted eso! ¡Haga usted todo lo que él le diga, a pesar de lo que usted pueda pensar o de lo que pueda ver!...

Tosió, me miró de reojo y continuó:

—Señor Herbert de Renich, prepárese a ver cosas sorprendentes; pero cuanto más se lo parezcan, mejor apreciará usted la necesidad de guardar cuidadosamente el secreto... Los que ven eso no son libres de poder divulgarlo fuera de allí. En lo que a usted respecta, una vez cumplida su misión quedará usted libre, pues me atrevo a afirmar que podemos estar seguros de su discreción, señor Herbert de Renich...

—¡Sí, sí, puede usted estarlo! Ya sé que se las ha arreglado usted para estar tranquilo por ese lado; ¿pero no estaría usted más seguro de la abnegación con que cumpliré lo que me encarga, si me diera usted su palabra de honor, antes de hundirme en las aguas de Vigo, de las que quizá no vuelva nunca, de que mi madre no corre peligro alguno, de que no correrá ninguno en lo sucesivo y de que está rodeada de todos los cuidados necesarios?

—¡Tiene usted mi palabra—me contestó von Treischke—, y ahora, en marcha!...

—¿Pero qué debo decir al capitán Hyx?

—No tiene más que entregarle el pliego que está en posesión de usted, y confirmarle su contenido en el caso de que se lo exija. Luego, me traerá usted la contestación...

En aquel momento entró el sobrino, llevándome consigo. Apenas tuve tiempo de dirigir un saludo correcto al Terror de Flandes, a quien maldecía de todo corazón; pero era preciso disimular, pues espero que no ha terminado todo entre nosotros...

¿Dónde me conducía el sobrino? Me hizo atravesar varias salas bajas de techo, bajar una escalera carcomida, y nos hallamos en el muelle exterior del puertecito particular del castillo de la Coya.

Hizome subir con él a una gasolinera, cuyo motor fué puesto inmediatamente en marcha, y salimos del puerto deslizándonos velozmente sobre las aguas de la bahía.

Pusimos proa en dirección Noroeste, hacia la punta de Subrido.

Acababa de salir el sol. Una aurora magnífica incendiaba los montes, tras las terrazas de la ciudad, despertándose el golfo en una calma mágica.

Mientras tanto, yo sabía que nos deslizábamos en nuestra gasolinera por encima de *la batalla que estaba en su apogeo*, que ningún signo revelaba a ojos ni oídos profanos.

Y, sin embargo, allí, bajo nuestros pies, se libraba la *batalla invisible* que iba yo a conocer bien pronto...

¡Pues bien! ¿se me querrá creer? En lugar de ser presa del espanto ante la perspectiva de penetrar en aquel horror submarino tan temido, sentíame, sobre todo, agitado por una ansiosa *curiosidad*...

Sí, la curiosidad era más fuerte que mi miedo, pues en el fondo de mí mismo tenía, sin duda alguna, miedo; nunca he sido fanfarrón, y ya he dicho en varias ocasiones que la educación que había recibido no era para predestinarme al papel de héroe; pero mi curiosidad era superior a mi miedo, eso es todo... Y no era la primera vez que esto me ocurría; por eso quizá era lógico buscar en aquella curiosidad enfermiza, un tanto femenina, y un poco timorata, pero no lo bastante... el origen de todos los infortunios de mi vida.

Volviendo a la bahía de Vigo, que despertaba bajo la resplandeciente aurora, era necesario estar advertido, como yo lo estaba por incidentes anteriores, para prestar atención alguna a las negras chalanas apostadas en determinados puntos de la bahía.

Se las hubiera creído pacíficos barcos carboneros que esperaban algún paquebote para aprovisionarle; algunas de aquellas chalanas, situadas un poco más lejos, del lado de la isla Toralla y, en consecuencia, próximas a la cota seis metros ochenta y cinco, tenían forma de dragas y podía

pensarse que estaban allí para dragar el fango de los canales de Vigo...; ahora bien, lo que dragaban, con tranquilidad aparente, en sus negros flancos, era oro y sangre... los tesoros y los heridos... ¡Eso lo sabía yo!... Siendo muy probable que en la rada lo supieran muchos más; pero que debían atravesarla como yo lo hacía, aparentando no saber absolutamente nada...

Pues habían asistido algunos hombres muy listos, que habiéndose dado cuenta de algo, hubieron de lamentar amargamente el estar dotados de tan gran perspicacia...

Sin incidente alguno llegamos a la entrada Noroeste de la bahía y entramos, de pronto, en la de la Barra, cuyo acceso era tan difícil y en cuyas costas habíanle ocurrido ciertas aventuras al propio Gabriel...

Recordando la descripción de éste, reconocí las extrañas construcciones levantadas sobre pilotajes al pie de los acantilados, y vi las singulares bacas embreadas que flotaban sobre el agua, impidiendo de esta forma que penetraran las miradas entre las estacas.

Mi compañero emitió con un silbato algunos silbidos modulados de cierta manera, y se abrió una barrera en aquella amalgama de construcciones, bacas y pilotajes, penetrando en el interior de un puertecito parecido al que se ve en ciertos establecimientos de baños que poseen una piscina interior...

Una rampa que se perdía en el agua conducía a unos muelles de madera, y en ellos había pequeños vagones llenos de guerreros inmóviles...

¡Ah! ¡Jamás olvidaré aquello!...

No sé qué aspecto presentarían los caballeros de la Vieja Humanidad (*The Old Humanity*, como dicen los ingleses de Walter Scott) cuando estaban encerrados en sus carapachos de acero. He visto, sí, armaduras en los museos como todo el mundo; pero jamás vi un batallón de caballeros de acero, de hombres de bronce con sus pertrechos de combate y sus cascos de calada visera... ¡Pues bien! Lo

que creí ver en el más apartado lugar de la bahía de Barra, era precisamente aquello...

Para batirse en el fondo de las aguas, los hombres parecían haber revestido el carapacho de antaño, con el que hubieran combatido en las llanuras de Arincourt o en cualquier otra batalla medioeval. Sólo que éstos, en lugar de estar sólidamente montados sobre poderosos caballos tan acorazados de hierro como sus jinetes, estaban cómodamente sentados en los pequeños vagones.

Cada vagoneta—eran más bien plataformas provistas de banquetas— contenía doce guerreros inmóviles, completamente inmóviles. La verdad es que porque les hubiera sido difícil moverse; quizá les fuera imposible, pues estaban revestidos no de escafandras corrientes, sino de verdaderos carapachos de bronce y placas de acero y otros metales, cuyas juntas estaban sujetas por gruesas correas y cercos de metal que se incrustaban uno con otro, como corazas de crustáceos.

Las cabezas eran enormes, no redondas cabezas de buzos, sino cabezas-cascos como se ven en la testuz de Ajax, Minerva y otras divinidades griegas del cielo o de la tierra, prominencias destinadas, sin duda, a preservar la cabeza de los golpes del adversario...

Aquellas estatuas impresionantes tenían entre sus piernas un fusil que semejábese aproximadamente al tipo corriente; pero cuya culata, según me explicaron más tarde, contenía un depósito de aire comprimido destinado a expulsar la bala.

Al extremo de aquellos fusiles había bayonetas, como en los fusiles corrientes, agudísimas, y brillantes como cirios bajo los primeros rayos oblicuos del sol naciente.

De la cintura de aquellos temibles monstruos pendían espadas, fundas de revolvers y gran cantidad de hachas y armas diversas.

Según parecía, todo aquello, una vez en el fondo de las aguas, era pasablemente ligero.

Bajo el saco-depósito de aire comprimido, pendía otro el que según me explicó mi compañero después, estaba lleno de granadas de un género especial.

Tirado por cables que hacía funcionar una máquina de vapor, colocada en el interior de la construcción, contra cuyo muro me apoyaba en aquel momento, se puso en marcha el tren, y lentamente las vagonetas cargadas de guerreros inmóviles se deslizaron por el plano inclinado que penetraba en el mar.

Desaparecieron ante mi vista, penetrando en el agua, que espumeó al cubrirles.

—¡Qué! ¿Qué opina usted de esto?—preguntó mi compañero, dándome una palmada en la espalda—... Lástima que hayamos llegado demasiado tarde para ver partir el nuevo tren de artillería cuadrada!... ¡Ande, vamos!

Yo estaba estupefacto; pero no olvidaba que era preciso aparentarlo más de lo que lo estaba, puesto que para el sobrino de von Treischke, debía yo ignorar todo lo que a la batalla invisible se refiriera...

—¿Pero qué es esto, Dios mío? ¿Qué es esto?...—exclamé, elevando hipócritamente los brazos al cielo.

—¡Esto—me contestó mi guía empujándome hacia un cuartito cuya puerta cerró en seguida—, *esto es la guerra moderna!*... ¡No debe usted asombrarse de nada de la guerra moderna!... ¡Lo que acaba de ver no es nada comparado con lo que verá usted dentro de poco, y le aseguro que hay cosas mucho más gordas; pero mucho más gordas!...

—Pero bueno, ¿es que se están batiendo aquí?

—Sí, aquí, en la bahía de Vigo... ¡pero no debe usted decirlo!—y acercó su rostro al mío, como si fuera a devorarme...

—¡Comprendido! ¡Comprendido!

—¡Oh! ¡Ya sé que es usted muy inteligente!... El *herr* almirante me ha dicho: «¡No se inquiete nada con *herr* Herbert de Renich, pues es inteligentísimo!»

—¡El *herr* almirante es muy indulgente conmigo!—con-

testé con acento de desagrado—. ¿Pero qué es esto?—pregunté de nuevo al hallarme frente a una monstruosa caricatura de hombre de hierro.

—¡Este es su traje, mi querido señor Herbert, y va usted a hacerme el favor de meterse ahí dentro!

—¡Será posible!... ¡Pero voy a infundir miedo a todo el mundo!

En efecto, el almirante no me había mentido. Por lo menos, me daban el último modelo, lo más extraordinario que se construía en materia de escafandras...

—Comprenderá usted ahora que se le mima—me dijo mi acompañante, riendo de mi miedo—... Por otra parte, necesitaba usted un aparato especial para descender a profundidades especiales.

—De manera ¿que voy a descender a profundidades especiales?

—Sí, por lo menos de noventa a cien metros...

—¡Pero eso es imposible!—exclamé—. ¡Conozco la carta hidrográfica de Vigo y no hay tales profundidades en su bahía!... Las hay de veinte, veinticinco, treinta y cuatro, cuarenta, y excepcionalmente cuarenta y cuatro metros, lo que es ya suficiente e incluso excesivo... Por otra parte, ¿no me ha dicho el almirante que debo ir a la cota seis metros ochenta y cinco?

—Sí; pero para llegar *sin peligro* a esa cota es necesario mi querido señor Herbert, pasar por ciertos trabajos que han modificado ligeramente el plano de la bahía, descender a ciertas trincheras, profundas como pozos, en donde la presión de las aguas le reduciría a usted al estado de bizcocho si se revistiera de una escafandra ordinaria...

—¡Bueno!... ¡bueno!... ¡puesto que es así!...

—¡Claro! ¡Se queja usted de que la novia es demasiado bonita!

—¡Demasiado bonita!...—y cerraba los ojos para no ver aquel monstruo de hierro...

—Mi querido señor Herbert de Renich, no sea usted niño

y óigame con atención. Voy a dar a usted algunos detalles sobre su *trajecito completo de hierro*...

—¡Se lo agradeceré a usted!

Y aproximándose a mi «trajecito completo de hierro», tocándolo, manipulándolo y acariciándolo como lo haría un sastre, me describió su *chic* y sus prácticas ventajas.

—El aparato—explicó—está enteramente construido con gruesa lámina de acero, habiendo estudiado sus líneas para que, sin que se deforme, pueda resistir a las más fuertes presiones. La cosa es relativamente fácil de realizar cuando únicamente se trata de establecer un carapacho rígido; pero lo es infinitamente menos cuando, por el contrario, hay que dotarlo de articulaciones, esto es, de juntas por entre las cuales deja siempre filtrar la presión determinada cantidad de agua, por muy hermético que sea su ajuste. Este difícilísimo problema ha podido ser resuelto gracias a la adopción de juntas complejas, cuyas diversas partes se completan de suerte tal, que la filtración de una sola gota de agua es casi imposible...

Al decir esto, aquel simpatiquísimo chico hacía funcionar con fuerza las juntas, o mejor dicho, las articulaciones del monstruo.

—¡Difícilísimo de mover en tierra; pero verá usted qué bien andará usted en el agua!...—me dijo.

—¡Así lo espero!—suspiré.

Mi compañero, sonriendo al oír mi suspiro, continuó:

—Como es natural, se ha previsto también el que la mano del *habitante* no salga fuera de la escafandra, pues la presión no tardaría en provocar en sus tejidos accidentales de verdadera asfixia local y de gangrena de propagación vertiginosa al resto del cuerpo. Así, pues, uno de los brazos está provisto de una pieza que constituye algo parecido a una mano rudimentaria, susceptible de asir los objetos y que es accionada, desde el interior, por medio de una manivela, mientras que el otro brazo se termina con una linterna eléctrica.

—¡Caramba! Esto viene a explicar—me dije—el *brazo de bronce del artillero*, de que me habló Gabriel al contarme su excursión a la bahía de Barra... El hombre que estaba en el cuartel, al lado del cañón cuadrado, se ejercitaba en tierra en el patio del cuartel, con su brazo de bronce y su perra a guisa de mano, antes de descender a la «hoguera», esto es, antes de tomar parte, en el fondo de las aguas, en la batalla invisible...

—¿Y disponen ustedes de muchos aparatos?—pregunté.

—¡Algunos! ¡Algunos!—contestó evasivamente—. Por lo menos de todos los que necesitamos...

—¡Claro! ¡Claro!...

—Pero éste —reanudó el joven—es el más moderno, el más perfecto, y, para decirlo de una vez, es el que utiliza el almirante von Treischke cuando se digna concedernos el honor de visitar el campo de batalla...

—¡Perfectamente! ¡Perfectamente! ¡Eso me honra mucho!... ¡El campo de batalla!... Decididamente, ya no se puede ir por la tierra o por el fondo de los mares sin encontrarse con un campo de batalla...—me aventuré a decir con timidez.

—¡No siga usted por ese camino; hará usted mal!

—¡Comprendido! ¡No seguiré, no! ¡Ya nada me sorprende y le obedeceré a usted en todo!

A pesar de todo, meneé la cabeza con alguna inquietud:

—Cuando se cae uno al suelo, no debe ser muy fácil el levantarse con ese trajecito—dije.

—¡Bahl!—me contestó—. Claro que el aparato es pesado, pesadísimo, puesto que pesa más de media tonelada; pero en virtud del viejo principio de Arquímedes, su peso no impone a la progresión ni a los movimientos del que lo viste un obstáculo infranqueable. Excusado es decir que el hombre metido en ese rígido carapacho, cuyas articulaciones tienen una flexibilidad limitada, no puede tener una gran agilidad en el fondo de las aguas; pero también es cierto que los pocos movimientos que le son permitidos le bas-

tan, en la práctica, para cumplir los trabajos de exploración...

—En resumen, que este aparato es excelente para generales en jefe, almirantes, gentes éstas que trabajan con la mirada y con el cerebro...

—¡Exacto!... Pero también lo es para los diplomáticos y toda clase de parlamentarios que, avanzando entre los dos campos adversarios, no tienen un gran empeño en ser reducidos a un montoncito de arena antes de haber cumplido su misión...

—¡Ah! De modo que debo avanzar entre dos fuegos...

—¿Pero no se lo ha dicho el almirante?...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Pido a usted perdón!... No me ha ocultado que debía reunirme con el capitán Hyx, y como, naturalmente, éste se encuentra en el campo enemigo...

—¡Basta de palabras inútiles!—interrumpió brutalmente el agradable joven—. Voy a acompañarle; pero metido en un aparato un poco más flexible—y me mostró en un armario una túnica de guerrero submarino, que era casi elegante—. No dejaré a usted hasta que sea preciso...

—¡Ya sé! ¡Ya sé!

—Y hasta que le haya dado todas las indicaciones necesarias...

—¡Precisamente!—exclamé—. Pero si no me las da usted en seguida, ¿cuándo podrá usted dármelas?

El sobrino de von Treischke se encogió despectivamente de hombros.

—¡El teléfono no se ha inventado para los peces!—me contestó, mostrándome el aparatito gracias al cual podía comunicarme desde el interior de mi féreco traje con gran comodidad. Para ello, no tenía más que poner en comunicación las dos escafandras por medio de un hilo que me indicó. La pila eléctrica portátil que nos facilitaba luz, nos aseguraba, al mismo tiempo, la facultad de oír y de hacerlos oír.

Este último detalle me gustó infinitamente. Por la expe-

riencia que de la escafandra había ya hecho, no podía imaginar nada más desagradable que la sensación de soledad y de abandono entre los elementos que se experimentaba en las líquidas profundidades metido en aquellas férreas vestiduras, sobre todo con los nuevos aparatos de una nueva fabricación provistos de depósitos de aire comprimido y que producían un aislamiento absoluto... Pero desde el momento que no dejaría de sonar, ni por un momento, una voz humana en mis oídos, me consideraba menos *miserable*... Sí, *miserable*, ésta es la palabra, y no intentaré afectar un heroísmo que estoy muy lejos de sentir...

Un cuarto de hora más tarde, el oficial boche y yo, metidos en nuestros trajes *ad hoc*, estábamos, a nuestra vez, instalados en las vagonetas, llenas de otros guerreros acabados de equipar, las que, lentamente, nos hundieron en las profundidades del mar... ¡Y allí pude ver lo que era la «batalla invisible»!

Lo que mis ojos contemplaron y lo que aquí cuento con la mayor buena fe de neutral y de hombre honrado, me sorprendió sobremanera, y es indudable que sorprenderá a algunos de los que me lean; pero he reflexionado en todas estas cosas, y ruego que reflexionen como yo lo he hecho...

La guerra submarina existe desde los más remotos tiempos, y si algo debiera sorprendernos sería el que esa guerra, al igual que las otras, no haya sufrido lo que los hombres, en su delirio destructor, llaman la ley del progreso.

Los buzos, provistos de escafandra, han reemplazado a los antiguos nadadores que se sumergían a cuerpo limpio; pero he aquí lo que éstos eran capaces de hacer desde las primeras épocas de la historia en las *batallas submarinas*:

«Cuando la flota de Jerjes fué embestida por la tempestad a la altura del monte Pelión, Sicyllis y su hija Cyane contribuyeron a las grandes pérdidas que sufrió, sumergiéndose en el agua y arrancando las áncoras y todo lo que servía para sujetar a las naves» (Pausanias).

El buzo de Seyone fundó escuela. Cuando los griegos

embistieron a Siracusa, volvemos a encontrar a estos diestros nadadores ayudando a los atenienses, como Scyllis les ayudó antaño contra el soberano de Persia. Los sitiados cerraron el puerto con una estacada; pero aquellos hábiles nadadores consiguieron serrar bajo el agua las estacas que la formaban.

En el sitio de Tyro, otros nadadores, no menos hábiles, cortaron los cables de las naves de Alejandro, viéndose éste obligado a substituirlos con cadenas. También dificultaron las obras de un gran dique, según cuenta Arriano; empleando instrumentos provistos de ganchos, conseguían arrastrar los árboles, sobre los que se amontonaban piedras y tierras, no tardando estos materiales en hundirse una vez privados de su sostén.

A partir de entonces, se reconoció la importancia del papel que podían representar estos nadadores en los encuentros marítimos, y vemos cómo los más autorizados escritores militares de la antigüedad se extienden al tratar de este nuevo elemento de lucha y destrucción.

El ingeniero Pílon recomienda expresamente el empleo de los nadadores durante la noche, no solamente para cortar los cables de las naves enemigas, sino que también para perforar sus carenas. En su *Poloercética* hallamos, con la descripción de los instrumentos de que deben servirse los nadadores, la enumeración de las medidas que deben adoptarse para hacer fracasar sus ataques. Los bizantinos recordaron oportunamente las enseñanzas de sus compatriotas al declararse por Porcennius Niger. Sus nadadores, dirigidos por el ingeniero Priscus, cortaron los cables de las galeras de Séptimo Severo, que les sitiaba. Según se cuenta, aquellos nadadores ataban cerca del timón una larga cuerda, de la que tiraban los sitiados, «de suerte—dice—que aquellas naves parecían desertar solas de la flota del emperador». Aquella estratagema había sido ya empleada en las guerras de Sexto Pompeyo contra el triunvirato, generalizándose luego.

Recorriendo los anales de los pueblos modernos, vol vemos a encontrar a los nadadores desempeñando, como en la antigüedad, una función casi decisiva en los encuentros marítimos. Así es como Bonifacio, en los albores del siglo xv, les debió su salvación. Estando esta ciudad bloqueada por una flota del rey Alfonso de Aragón, consiguieron los nadadores cortar los cables de varias naves, lo que produjo un gran desorden y muchas averías, que aprovechó una flota genovesa para socorrer la plaza sitiada.

Varios de los historiadores a quienes hemos leído, han visto a los nadadores a la obra, y relatan escenas de un carácter muy dramático. *Ocurría con frecuencia que los nadadores de uno y otro campo se encontraban bajo el agua originándose terribles luchas.* A. Jal cita una de esas luchas en su *Glosario Náutico*, acaecida en el sitio de Malta por Mustafá pachá en 1565. «Temiendo el gran maestre de Malta La Valette un ataque que proyectaban los turcos contra la Sanglea y que le fué denunciado por el griego Lascaris, a quien acababa de salvar la vida, mandó establecer una estacada desde la Sanglea al Corradino. No pudiendo ir el visir Mustafá con embarcaciones armadas a afrontar aquel baluarte, por cuyos espacios disparaban los soldados de La Valette sus ballestas y arcabuces, dió orden a su brigada de nadadores de que fueran con hachas en mano a hacer lo que otros nadadores hicieron siglos antes contra la estacada de Siracusa. *Los turcos se lanzaron al agua; pero no pudieron llegar al atrincheramiento clavado en el mar, pues fueron inesperadamente atacados por nadadores malteses, los más hábiles desde la antigüedad. Empeñóse un horrible combate bajo el mar. Cada combatiente nadaba con una mano entre dos aguas, hiriendo con la otra con el hacha o la espada.* La lucha duró algunos minutos—añade Jal—, al cabo de los cuales viéronse obligados los turcos a huir, pues habían perdido la mitad de los suyos, y dejando el campo libre a los malteses. Desde lo alto de las fortificaciones, La Valette y de Monte, almirante éste de las gale-

ras cristianas, los vieron entrar en el puerto transportando a los heridos y ayudando a nadar a los que las armas turcas no habían imposibilitado de todo movimiento.

¿Qué puede, pues, haber de sorprendente en que la ciencia moderna, que tan rápidamente ha sabido adaptarse a las nuevas y múltiples necesidades de la Guerra Mundial, en una lucha como jamás se vió otra igual, se haya hecho la fecunda auxiliar de la batalla submarina como lo era sobre la tierra y bajo los cielos?

¿Y quién podrá negarle a la ciencia, después de asistir a tantos milagros, el milagro submarino?

Lo que tanto y tan rápidamente ha hecho para el navío del abismo, ¿qué no habrá podido hacer para el hombre del abismo, cuando se le ha pedido que armase al buzo para el combate?

Y en especial en aquella bahía de Vigo, en la que el combate entre submarinos era imposible por muchas razones, siendo la principal la ausencia de fondos considerables y la necesidad en que se hallaban los combatientes de respetar oficialmente la neutralidad de las aguas que habían convertido secretamente en campo de batalla, ¡qué armas extraordinarias no habrían pedido a la ciencia los que a profundidades mayores de treinta metros se arrancaban el oro de los Incas que les haría dueños del mundo!...

En lo que a mí respecta, no hice más que pasar a través de ese sueño realizado de la lucha de *trincheras submarinas*, pero que nadie se sienta más sorprendido que yo... Al cabo de media hora acabé por hallar aquella guerra tan natural como la otra, y si las armas que empleaban podían infundirme pánico era porque podía ser yo su víctima; pero ya no me sorprendían como me sorprendió, por ejemplo, el día que vi desfilar la *artillería lenta*...

Cuando vi en el fondo de la bahía de Vigo a aquella artillería en su elemento natural, pude comprender la *lentitud* de todos sus sirvientes a su alrededor, pues entonces estaban éstos revestidos de sus escafandras... En resumen,

cuando les vi en las islas Cies ensayaban en la superficie los movimientos que tendrían que realizar en la profundidad de las aguas, midiéndolos con las dificultades que sabían habían de encontrar en el seno del líquido elemento...

¡Así todo se explicaba para mí en el fondo de la bahía de Vigo!

Seguíamos en nuestro tren, sentados en las vagones, arrastradas ahora bajo el agua por una locomotora eléctrica.

También íbamos con lentitud, aunque con bastante menos que la artillería lenta. Como se comprenderá, no me quejaba de ello y dejaba hacer: ¡Dios sobre todo!, como dicen los marinos. La suerte estaba echada y esperaba que si llegaba a salir de aquella aventura sería la última, y bien valía la pena que lo arriesgara todo...

Por otra parte, no se había contado conmigo. De manera que tenía una gran cantidad de motivos para ser fatalista...

En espera, pues, de lo que me pudiera ocurrir, miraba con todos mis ojos... Al principio me sorprendió la gran cantidad de lámparas eléctricas que encontramos en los bajos fondos, a lo largo de la vía y en el puño de los buzos, de los que cruzábamos verdaderos batallones en marcha...

Es necesario que vuestro cerebro forje la visión de aquello: aquellos resplandores, aquel verde lechoso del líquido elemento, aquellas sombras de batallones acuáticos agrandadas y deformadas por los juegos de luz y los movimientos de las ondas a su alrededor... Todo aquello es indescriptible. Para representárselo, de no haberlo visto como yo lo he visto, es necesario tener imaginación... ¡Tened! ¡Excitadla! ¡Jamás llegaréis a tener bastante!... ¡Siempre la imagen que ello cree será inferior a lo que mis ojos vieron en el fondo del mar; a lo que fué la batalla del mar...

Aquellas luces en marcha, pues; provocaron mi sorpresa y no pude dominar mi deseo de comunicárselo al sobrino de von Treischke, que seguía sentado a mi lado y con

quien estaba en constante comunicación por nuestro hilo telefónico.

—¡Bah!—me contestó—, ¡eso no tiene importancia a retaguardia! El enemigo está aún muy lejos, y nos separa de él una masa de agua demasiado densa para que pueda ver estas luces...

—¡Bien!, ¡bien!... lo que le decía...

—¡Agárrese bien!... Vamos a pasar cerca de una pieza cuadrada de 120 que va a disparar y siempre produce algún oleaje.

Con mi pieza de hierro me enganché al banco, afirmando mis pies dentro de mi calzado de plomo.

El brazo de mi compañero me mostró la batería desplegada a lo largo de una roca que me pareció gigantesca. El cañón en cuestión me pareció igualmente enorme y *flotante* entre dos aguas, esto a causa siempre del movimiento de las ondas.

¡Y de pronto se produjo un remolino atroz!

El cañón neumático había disparado. Nada vi; pero experimenté la sensación de que el agua daba vueltas a mi alrededor y que también yo iba a dar vueltas como una peonza..., sensación fugaz y desagradable, pero que desgraciadamente se renovaba con demasiada frecuencia... ¡La suerte era que se acostumbraba rápidamente uno a ella!

—¡Qué! ¿Cómo va eso?—preguntó mi compañero.

—¡Muy bien, mi teniente, muy bien!...

—¡No se queje usted!... *Si oyese usted la detonación de los cañones de pólvora en el fondo del mar, ¿qué diría usted?*

—¡No se pueden tener muchas cosas buenas a la vez, mi teniente!...

Contestando esto como un necio, me pareció que contestaba en hombre avisado, pues no podía concebir que se pudieran disparar los cañones de pólvora en el fondo del mar, en lo que me engañaba groseramente. Cuando más tarde quise documentarme sobre el tan curioso asunto del combate submarino, pude darme cuenta de ello...



Y una vez más, para hacer callar a los incrédulos, dispuestos siempre a decir tonterías, y también para enseñar a los que prudentemente estiman que no saben lo bastante, recordaré que el capitán Philips Coles patentó en 1863 un aparato que permitía disparar el cañón bajo el agua.

Como se puede ver, el asunto no data de la semana pasada... y quede bien sentado que no se trata aquí de ese invento de los torpedos, tan viejo como el mismo Fulton. ¡No, no; hablo de los cañones que disparan bajo el agua!... Por otra parte, Fulton había pensado ya en otros cañones, y cuando en 1813 construyeron los norteamericanos el *Demólogo*, padre de los navíos acorazados, el programa, a instigación y planos del mismo Fulton, incluía que debía estar dotado de cañones submarinos.

Se hicieron en Nueva York experiencias conducentes a este fin, consiguiendo las nuevas piezas de artillería derribar verdaderas murallas de encina. Habiendo parecido aquellos ensayos concluyentes, el general Masson estableció en su fábrica, situada en el distrito de Columbia, un taller especial dedicado a la fundición de cañones submarinos, a los que denominó *colombiadas*, por alusión a las *caronadas* de los ingleses.

Simultáneamente a las invenciones que acabamos de enumerar, los ingenieros de los almirantazgos inglés y francés se pusieron a la obra. Un documento oficial presentado al Parlamento nos revela que tuvieron lugar serias experiencias de tiro submarino con cierto éxito en Portsmouth, de 1862 a 1864.

Un cañón de 110 libras, de 18 centímetros de calibre, fué sumergido a una profundidad de 1 metro 83 centímetros y colocado a una distancia de 7 metros 62 centímetros. La boca del cañón se tapó con un parche de tambor y tela de la que se utiliza para las velas. En una primera experiencia, el macizo proyectil, cargado con 6 kilogramos 350 gramos, atravesó el blanco formado por estacas de madera de encina de 34 centímetros. Otros ensayos sobre blancos

de encina y hierro batido dieron análogos resultados. Finalmente, en una última experiencia, un proyectil lanzado por 5 kilogramos 350 centigramos de pólvora contra un blanco de hierro de 7 centímetros 62 milímetros de espesor, partió la placa.

Posteriormente se han hechos otras experiencias en los arsenales de Francia e Inglaterra, pero se han guardado secretas.

La única dificultad con la que hay que contar es la buena dirección de la trayectoria en un medio tal que el agua, esto es, ochocientos cincuenta y cinco veces más densa que el aire. Esta dificultad es igual en el tiro submarino, tanto para las piezas de aire comprimido como para las de pólvora; pero puedo afirmar, por lo que he visto, que ha sido vencida.

Me atrevo a afirmar que la precisión del tiro submarino se ha hecho espantosa, y la prueba es que yo mismo he podido experimentar ese espanto.

La batería, por ejemplo, por cuyo lado acabamos de pasar, había sido descubierta, pues no hacía un minuto que uno de sus cañones había disparado—y no habíamos recorrido mucho camino en ese minuto—cuando una terrible sacudida trastornó nuestro pequeño convoy.

Era un obús destinado a la batería en cuestión y que produjo una gran confusión en la última vagoneta, que fué destrozada y lanzada fuera de las vías con los doce guerreiros que la montaban.

Oí por teléfono jurar como un carretero al teniente, quien, cortando la comunicación, descendió del tren, que se había detenido.

Yo me quedé en mi sitio temblando como un azogado bajo mi férrea piel. ¡Caray!, que cualquiera otro más valiente que yo se ponga en mi lugar... ¡Era la primera vez que vela el fuego de la guerra y era bajo el agua!

Al poco rato regresó mi compañero, y volviendo a ocupar su sitio, reanudó el tren su marcha, cosa que no me dis-